

lles y albahaca. Ambas ventanas hacían ver por su igualdad que pertenecían á la misma habitación; y aunque pequeñas, estaban recién pintadas de un lindo color gris perla, que armonizaba alegremente con las blancas cortinillas que cubrían los cristales y con el limpio y encarnado barro de las macetas.

Sígueme, lector, á la vivienda donde se abren esas pequeñas ventanas, si es que te son simpáticas, y te haré contemplar un cuadro que abrigo quizá la presuntuosa convicción de que te ha de interesar.

La primera de ellas, es decir, la que está abierta de par en par, da luz á una reducida salita blanqueada y muy limpia; cuatro sillas de Vitoria, una mesita de pino pintada y un gran baúl bastan para llenarla; sobre la mesa hay pendiente de una escarpia un espejito de un palmo en cuadro, y bajo él una caja de cartón, que, por estar abierta, puede verse que contiene dos peines ordinarios y un cepillo para limpiarlos.

La alcoba de esta habitación, cuya puerta está cubierta con una mezquina cortina de percal blanco por carecer de cristales, es tan estrecha, que apenas cabe en ella una pequeña cama y un aguamanil con una aljofaina de pedernal azul; sobre ésta y á alguna distancia, hay colgada de un clavo romano una toalla de lienzo crudo, pero muy blanca.

La cama, por lo poco que levanta, manifiesta ser un catre de tijera con un colchón delgado como una oblea; no obstante, está cubierta con una colcha blanca como la cortina, y su única almohada, blanca también como la nieve, está guarnecida con una tira de bordado ordinario y anticuado.

La ventana cerrada pertenece á otra salita á que da paso la ya descrita y más pequeña que ésta todavía; no tiene alcoba y colocada en el testero principal se ve una gran cama, cubierta con una colcha de lana azul, sobre la que se dobla parte de una sábana de lienzo duro y grosero; en ella duermen profundamente un niño de cuatro años y otro que apenas habrá cumplido tres; ambos son hermosos como ángeles; los dos rubios, con anchos y transparentes párpados guarnecidos de ensortijadas pestañas, bocas pequeñas é inocentes y frentes purísimas; sólo se nota en sus dulces rostros una intensa palidez, y si después de contemplar la pobreza de la habitación fijamos la mirada en sus socavadas mejillas, pronto ¡ay! muy pronto, conoceremos con tristeza que aquellas tiernas criaturas han sentido ya los efectos del hambre.

La gruesa tela de las sábanas traza una ráfaga roja en el suave cuello del mayor y en el satinado y enflaquecido bracito del más pequeño.

¡Pobres niños! ¡Ángeles que os parecéis á esos

que tanto he amado siempre! ¡Dormid vuestro dulce y cándido sueño el más largo tiempo posible y esas horas menos padeceréis!

En un rincón, y arrodillada junto á un pequeño fogón de barro, una joven como de unos veintiocho años aviva el fuego, sobre el cual cuece una tartera de sopas; su tez morena está realzada por unos grandes y hermosos ojos negros; tiene una soberbia cabellera negra también, boca fresca y hermosa y mucha gracia en la fisonomía; su talla es mediana, y sus formas, á pesar de hallarse en los últimos días de su embarazo, son esbeltas y graciosas. Lleva un vestido de indiana, de luto, y un pañolón de lana, de luto también; todas sus facciones respiran bondad, honradez y una sensibilidad vivaz y profunda.

En pie, junto al lecho y mirando á los niños dormidos con triste ternura, se ve otra joven de menos años, al parecer, que la que está junto al fogón; el género de su belleza es muy diferente del de su compañera, porque se asemeja á la de esos ángeles que se ven en los cuadros de la escuela antigua; su rubia cabellera baja en gruesas trenzas hasta cerca del suelo; sus espléndidos ojos azules son tan grandes y tristes, que más parecen ojos de santa que de mujer; su nariz y su boca son de una suavidad encantadora; su frente tersa y algo estrecha hace resaltar el negro vigoroso de sus cejas y pestañas; es alta,

y su cuello, largo como el de un cisne, se dobla con lánguida gracia, como si no pudiese sostener la peregrina cabeza que pesa sobre él.

El aspecto de aquella joven hace llorar; no parece nacida para la tierra, y se la creería próxima á volar al cielo.

En efecto, al contemplar su rostro, enflaquecido por la parte inferior; lo hundido de su pecho; el brillo que aparece, sin notarlo ella, en sus grandes ojos; el subido carmín que á intervalos invade sus descoloridas mejillas y la forma afilada de sus divinas manos, conócese bien que una terrible enfermedad de pecho va desatando uno á uno todos los lazos de su vida.

Lleva un vestido muy largo de percal azul y un pañolón de cuadros verdes y encarnados; pero el menos perspicaz adivinaría sin esfuerzo que aquellas prendas no se han hecho para su cuerpo, pues la vista de su talle frágil y elegante y de su distinguida belleza hace pensar involuntariamente en rasos, terciopelos y pedrería.

—Ea, ya está cocida la sopa de mis ángeles—dijo de repente la joven morena, levantándose trabajosamente;—voy á despertarlos.

—¡Oh, qué lástima quitarles el sueño, Lucía!—exclamó la joven rubia con dulcísima voz.—Déjeles usted que despierten ellos, se lo ruego.

—Pero, señorita Evangelina, quisiera sentar—

me pronto para concluir esa labor, cuyo dinero nos hace tanta falta—contestó Lucía. Y luego añadió dolorosamente:

—¡Cuando pienso en que estoy cerca de la hora de mi parto me estremezco! ¡Quizás puede llegar hoy, y no tenemos ni un cuarto!

—Yo trabajaré, Lucía.

—¡Trabajar usted! ¡Ah, mi amada señorita! ¡No puede trabajar!... ¡Está aun tan delicada!...

—No, no, Lucía, estoy ya buena—dijo Evangelina esforzándose para sonreír;—desde hoy voy á buscar trabajo; yo tenía en otro tiempo algún talento para la música, y ahora nos servirá; daré lecciones por las casas.

Un golpe de tos seca y profunda cortó la palabra á la condesa; llevóse en seguida el pañuelo á la boca, y bien pronto aparecieron en él anchas gotas de sangre; mas ocultándolo á la vista de Lucía, lo guardó rápidamente en el bolsillo.

—¡Ah, señorita, mi amada señorita!—exclamó Lucía sollozando.—Por más que disimule usted, está muy enferma... ¡Sí, sí, horriblemente enferma!... ¡Y yo sin poder llamar á un médico, Dios mío!

Una sonrisa dulcísima y resignada pasó por los labios de Evangelina, pero desapareció como un rayo de luna tras de una nube.

—Aseguro á usted, Lucía, que estoy buena; esta tos es una reliquia de mi estancia en las

aguas del canal, hasta que su esposo me sacó de él, y toda mi vida la tendré.

—¡Pobre Antonio mío!—murmuró Lucía.—Si él viviera nada nos faltaría, al paso que así...

—Yo soy una carga harto pesada para usted, mi pobre Lucía—dijo con tristeza Evangelina;—ha agotado con mi enfermedad todos sus recursos y he venido á aumentar su familia... ¡Hasta ha tenido usted que vestirmel...

—¡No diga usted eso por Dios, señorita! ¡Una carga para mí! Después de mis hijos nada hay en el mundo que yo ame tanto; ¿acaso podré yo olvidar jamás las palabras de Antonio?—No abandones nunca á la señorita—me dijo;—el bien que la haga traerá sobre ti y nuestros hijos la bendición de Dios, porque es una santa—y crea usted, señorita, que si se separa de mí moriría de pesar; mis hijos y usted es cuanto tengo en el mundo desde que perdí á mi Antonio!

Las lágrimas embargaron la voz de la pobre viuda. Evangelina tomó entre sus manos de marfil las manos callosas de Lucía y las estrechó afectuosamente.

—No me separaré nunca de usted, amiga mía—dijo;—yo también soy sola en el mundo, ¡ay!, mucho más sola, pues hasta mis hijos he perdido.

Ahogóse aquí la voz de la condesa; pero repo-

niéndose poco á poco de su emoción, continuó:

—Perdone usted, Lucía, que le calle mi historia; es tan terrible, que sólo al sepulcro puedo confiarla; bástele saber que soy viuda como usted y que he perdido dos hijos... de la edad de los de usted... y los únicos que tenía.

—¡Oh, calle, calle usted, señorita!—exclamó Lucía asustada al ver la alteración de las facciones de la condesa y rodeándola con sus brazos; nada quiero saber... ¿acaso no se conoce, con solo verla, que es usted una gran señora, pero muy desgraciada? ¿Acaso no es buena como los ángeles de Dios?

—Sí, he sido muy desgraciada, mi buena Lucía—dijo Evangelina, cuyos grandes ojos brillaban empañados por el llanto;—pero—añadió con voz más tranquila y sonriéndose con esfuerzo—estamos perdiendo el tiempo, que es nuestro único tesoro; siéntese usted á coser, Lucía, yo daré el desayuno á los niños cuando despierten.

—Voy á complacer á usted, señorita; en verdad tengo que darme mucha prisa para acabar antes de las doce esas tres camisas; luego iré á llevarlas, y con los seis reales que me den compraré arroz y pan para comer; pero ahora que recuerdo, ¿que va usted á tomar para desayuno?

—Yo... nada; no tengo gana, ¿y usted?

—Yo me pasaré muy bien así hasta las dos; espere usted.

Y Lucía salió corriendo, apareciendo pocos instantes después con un bollo tierno y humeante.

—Cómalo caliente, señorita—dijo;—encontré cuatro cuartos en el bolsillo del delantal y la he comprado esa torta.

La pobre Lucía mentía; ni un maravedí tenía en su poder, y sólo á fuerza de ruegos había podido conseguir del panadero de la esquina que le fiase aquel bollo sobre lo mucho que le debía.

No bien dejó el bollo en manos de Evangelina salió á la salita, y sentándose en una silla baja se puso á coser presurosa.

La condesa partió la mitad del bollo y la llevó á sus labios; pero aquel alimento insípido é insano repugnaba á su paladar, escandecido por la fiebre, y ni aun pudo tragar la partícula que tenía en la boca.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó alzando al cielo sus grandes ojos.—¡Haz que mi agonía no sea larga, llámame pronto junto á ti, para que no haga padecer mucho á esta noble mujer!

En aquel instante despertaron los niños; la condesa besó sus frentes y los sentó en la cama, mientras ellos la sonreían como á una antigua amiga; en seguida les repartió el pedazo de bollo que no había podido comer, y fué á tomar la sopa del fogón y una pequeña cuchara de boj de una mesilla inmediata; sentóse junto al lecho y

empezó á dar á los niños la sopa, cuidando con maternal solicitud de que las cucharadas que daba al mayor contuviesen más cantidad que las que correspondían al pequeño.

Las pobres criaturas la devoraron en breve, porque aquella corta ración era muy inferior al hambre que tenían; no bien hubieron concluído, les vistió la condesa, hablándoles dulcemente, y luego lavó sus rostros infantiles y peinó con esmero sus largas y rizadas cabelleras rubias.

—Vamos, Antonio, Enrique, vamos á dar á mamá los buenos días—dijo tomándoles por la mano y saliendo con ellos á la salita; pero al llegar á ella se escapó un grito de sus labios.

Lucía, pálida y con los ojos cerrados, tenía caída la labor á los pies y la cabeza doblada sobre el pecho.

Evangelina volvió á entrar en el dormitorio y tomó la mitad del bollo que había dejado sobre la mesa.

—Coma usted esto, Lucía—dijo;—lo que tiene es una gran debilidad.

La pobre mujer tragó con trabajo los pedazos de aquella masa que Evangelina ponía suavemente en su boca, y abrió los ojos.

—Señorita...—tartamudeó con voz cortada;—señorita, estoy muy mala.

—No tema usted, Lucía; Dios va á darle por tercera vez la dicha de ser madre.

—¡Oh, pero no tenemos ni un cuarto... ni médico!

—Dios nos enviará de todo, tranquilícese usted... ¿no me ha dicho en otras ocasiones que hay por aquí cerca un médico que tiene horas para visitar á los pobres?

—Sí, señorita... en la calle del Nuncio.

—Voy, pues, á buscarle.

La condesa acercó una silla á la espalda de Lucía, puso en ella las dos únicas almohadas que había en la casa, en las cuales recostó la cabeza de la enferma, y envolviéndose en una mantilla de manto salió presurosa de la buhardilla.

Mas al concluir de bajar el primer tramo de la escalera, la luz faltó á sus ojos y cayó sentada en uno de sus últimos peldaños; una palidez mortal cubrió su frente y llevó al pecho su enflaquecida mano.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó.—¡Dejadme vivir hasta que esté buena Lucía!

Y levantándose trabajosamente salió á la calle y se dirigió á la del Nuncio.

V

La pobre Evangelina tardó largo rato en andar la corta distancia que separa la calle del Almendro de la del Nuncio; se informó en una

tienda de las señas de la casa que habitaba el médico y se encaminó hacia ella lo más deprisa que pudo.

No obstante, por intervalos se veía obligada á pararse porque se sentía desfallecer; pareciale que tenía delante de los ojos alguna cosa que la deslumbraba, y que millares de luces reflejaban ante su vista; otras veces un golpe de tos seca y violenta llenaba sus labios de sangre, y un dolor abrasador y punzante la devoraba el pecho.

La desdichada joven, salvada por el guarda Antonio del fondo del canal, hubiera sido infinitamente más dichosa encontrando en él su sepulcro; herida de muerte su existencia por la inhumana conducta de su esposo, el trágico fin de aquel hombre á quien tanto había amado y que era padre de sus hijos fué el golpe cruel que acabó de postrar sus fuerzas y que la hizo perder la razón.

Su precipitada carrera en aquella fría madrugada y la larga estancia en las aguas heladas del canal desarrollaron en su frágil organismo el último y más terrible período de la enfermedad que desde hacía mucho tiempo minaba, aunque lenta y sordamente, los órganos de su vida; cuando Antonio pudo asirla de las largas trenzas de su cabellera era ya la tercera vez que salía á la superficie, síntoma infalible de estar ya casi ahogada.

Al verla el generoso guarda extendida á sus pies, yerta é inanimada, la creyó un ángel ó una santa descendida del cielo; después de hacerla arrojar la no escasa cantidad de agua que había tragado, la condujo en sus brazos hasta su casa, donde la buena y tierna Lucía la preparó una cama bien caliente, acostándola en seguida y cuidando de ella durante un mes, con la más exquisita solicitud; pero su pobreza no la permitía emplear los medios enérgicos y eficaces que hubieran sido indispensables para conseguir un pronto y completo restablecimiento; ni aun se la ocurrió llamar á un médico, y si bien Evangelina recobró después de algunos días la elasticidad de sus miembros ateridos, la enfermedad mortal que la aquejaba hizo tan rápidos y asoladores progresos, que tomaron el carácter de incurables.

La inesperada muerte de Antonio sumió á su vida en la indigencia; más de un día pasaron las dos pobres mujeres sin desayunarse y sin tener un pedazo de leña siquiera que atenuase el rigoroso frío de la estación; más de un día sucumbió Evangelina á una congoja de largas horas producida por el frío y el hambre; empero ni la queja más leve salía de los labios de la pobre mártir, que se contentaba con rogar á Dios que la llamase pronto junto á sí.

En aquella mañana en que sus sufrimientos

habían llegado á su último grado, sentía dentro de su corazón una especie de alegría triste y dulce á la vez.

¡Desdichada! Iba en busca de un médico para la benéfica criatura que la había amparado, mientras ella se moría sin que pensase en procurarse igual socorro.

La muerte era para ella un bien, y la saludaba como á una tierna y compasiva amiga; desde el fondo de su alma dirigía un tierno adiós á su tía, á sus primos y á sus amigos, y hacía el propósito de rogar por su dicha á los pies del trono del Señor.

Llegó, por fin, hasta la casa que buscaba; subió penosamente y llamó con mano trémula, siendo introducida en una salita donde el médico estaba desayunándose con café y tostadas con manteca.

—¿Qué se le ofrece á usted, joven?—preguntó á Evangelina el doctor, que era un grueso y grave personaje.

Pero ésta, pálida y con la respiración oprimida, apenas podía hablar, y tuvo que dejarse caer en una silla.

—Perdón, señor...—murmuró—¡estoy tan cansada!...

Doblóse su cabeza sobre el pecho y se apagó su voz.

Hacía cerca de veinticuatro horas que la des-

dichada joven no había tomado alimento alguno.

Levantóse el doctor, acercóse á ella y echó atrás el velo de su mantilla; después tocó sus sienes heladas, y aproximándose á la mesa llenó un vaso de leche caliente, puso en él una cucharada de azúcar y lo acercó á los labios de Evangelina, que tragó lentamente algunos sorbos, arrastrada quizá por esa rara é incomprensible fuerza del espíritu de conservación que no abandona nunca ni aun á los seres que desean la muerte.

—¡Pobre joven!—tartamudeó el doctor.—¡Se está muriendo de necesidad! ¡Y tan enferma! Vamos—prosiguió, volviendo á acercar el vaso á los labios de Evangelina—vamos, señorita, acabe usted de beber; esto le será de mucho provecho.

La desventurada condesa bebió ansiosamente el resto de la leche.

—¡Ah, señor! ¡Dios bendiga á usted!—exclamó con los ojos llenos de lágrimas, devolviendo el vaso al doctor.

El fervor de esta exclamación descubrió el extremo de miseria que aquejaba á la hermosa y distinguida joven; pero el médico guardó silencio, esperando á que ella hablase.

—Vengo, señor—dijo al fin Evangelina—á suplicar á usted que se digne asistir á una pobre mujer que está de parto.

—Con mucho gusto, hija mía— contestó el doctor—¿dónde vive?

—En la calle del Almendro, número 7.

—Pues vaya á consolarla que ya la sigo—y sacando una moneda de oro del bolsillo de su bata la puso en la mano de Evangelina, añadiendo con bondad;—hágame usted la merced de admitir esto y tome un coche para que pueda volver más pronto á su lado y preparar los primeros medicamentos.

Un arrebatado carmín cubrió el blanco y dulce rostro de Evangelina, que rechazó la moneda con orgullosa dignidad.

—¡Gracias, señor!— dijo —todavía no pido limosna.

El doctor la contempló durante algunos segundos con profunda admiración, y luego estrechó su mano.

—Perdone usted — murmuró — noble joven; pero dese prisa, que la enferma estará tal vez aguardándola con impaciencia.

Evangelina bajó la escalera y salió á la calle, dirigiéndose inmediatamente á una peluquería situada enfrente de la casa del doctor.

—¿Quiere usted comprar mi pelo, caballero?— preguntó tímidamente al que parecía dueño de la tienda.

Éste desenlazó las magníficas trenzas rubias de la joven, que casi descansaron en el suelo.

—Si me lo vende usted barato—contestó tras un maduro examen—no hay inconveniente.

—Usted le pondrá precio—se apresuró á decir la desdichada bajando los ojos.

—Entonces siéntese usted, que me parece que no se irá descontenta.

Y el peluquero, temeroso de que se le escapase aquel tesoro, hizo sentar á Evangelina y pasó sus enormes tijeras por el nacimiento de su espléndida cabellera, que encerró ansioso en un cajón.

—Tome usted dos duros, señorita, es todo lo más que puedo dar—dijo después, poniendo en la mano de la desdichada Evangelina dos napoleones que, sin duda por deslumbrar más á la joven, bautizó el peluquero con el nombre de duros.

La infeliz condesa alzó al cielo una mirada de gratitud y salió presurosa de la tienda; ya llevaba con qué dar caldo á Lucía.

Al llegar á la puerta de su casa entraba también en ella el médico.

La condesa rogó á una vecina que fuese á buscar lo que hacía falta para asistir á la enferma y subió á su cuarto en pos del doctor.